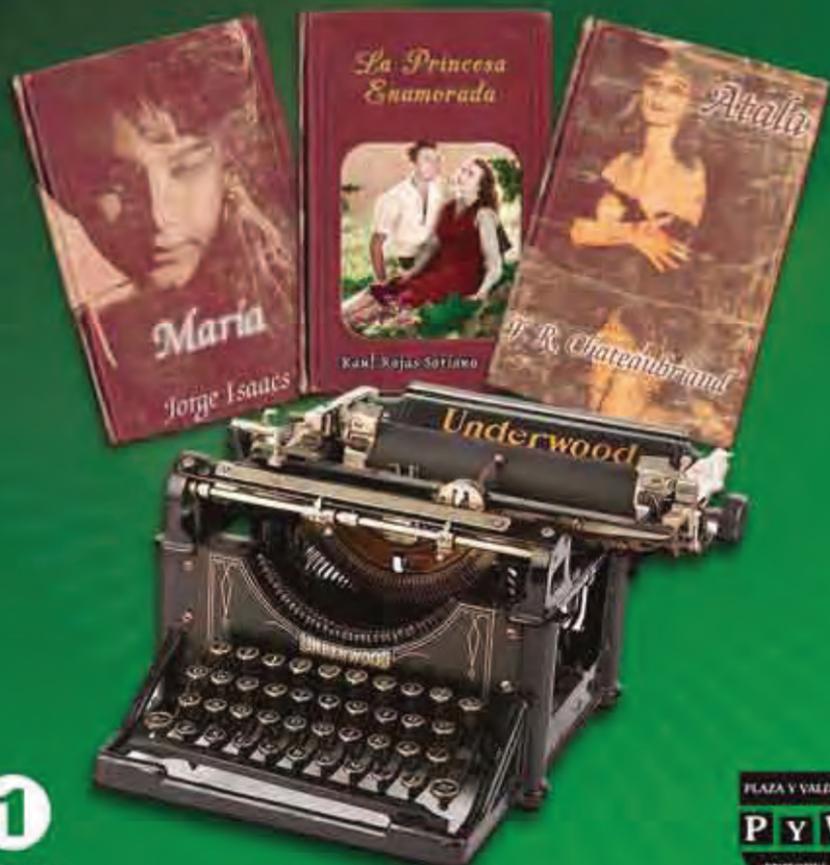


# EVOCACIONES

Vivencias personales

Raúl Rojas Soriano



1

TOMO

[www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com)

PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES

# **EVOCACIONES**

---

## **Vivencias personales**

**Raúl Rojas Soriano**

Primera edición: abril de 2014

Diseño de portada: propuesta por el Dr. Raúl Rojas Soriano. Las imágenes son de mi novela de la pubertad *La princesa enamorada*. Dichas imágenes se encuentran en la página electrónica: [www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com) (Biografía: escritor y poeta en ciernes).

D. R. © 2014, Raúl Rojas Soriano  
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.  
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael  
México, D.F., 06470. Teléfono 50 97 20 70  
[editorial@plazayvaldes.com](mailto:editorial@plazayvaldes.com)  
[www.plazayvaldes.com](http://www.plazayvaldes.com)

Plaza y Valdés Editores  
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles  
Pozuelo de Alarcón 28223  
Madrid, España. Teléfono 91 862 52 89  
[madrid@plazayvaldes.com](mailto:madrid@plazayvaldes.com)  
[ww.plazayvaldes.es](http://ww.plazayvaldes.es)

ISBN: 978-607-402-708-2

Impreso en México / *Printed in Mexico*

[www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com)

**Un día mi padre llegó con ella  
a casa; después, también sería  
mi *amiga***

**C**ERTO día, cuando yo era todavía un niño, llegó mi padre de Cuernavaca, pero con una compañía. Si bien era de un color más oscuro que mi piel morena, él la cuidaba con esmero, pues el color de su *ropaje* la hacía verse más elegante.

Mi madre la veía con indiferencia y a veces con recelo por las atenciones que mi padre le prodigaba, y porque además no la había consultado sobre la decisión de llevarla a casa; por eso, desde que llegó, le puso el mote de “la negra”.

Mi progenitor pasaba con ella cuanto tiempo podía, aunque sin desatender la tienda. A veces escuchábamos su voz emocionada cuando estaba con su *amiga*, como él le decía. Tiempo después también lo sería mía. Sólo oíamos la voz entrecortada de mi padre que, como un murmullo, llegaba hasta nosotros, que estábamos haciendo nuestras cosas.

Él cerraba la puerta cuando estaba trabajando con ella. Había “valores entendidos” en nuestra familia, en este caso, el de no interrumpir el solaz de mi padre; por ello nunca nos atrevimos a importunarlo.

Oíamos que hablaba sobre algo que estaba escribiendo, pues como ya dije en otro capítulo, él “conversaba hasta con las piedras”, valga la expresión.

Era su “orgullo” ya que la cuidaba como a una reina, aunque, cabe decir en su defensa que nunca desatendió a sus hijos, y creo que tampoco a mi madre.

\* \* \*

No sé en qué momento le supliqué a mi padre que me dejara estar cerca de la recién llegada, pues me inspiraba el placer que se le notaba cuando salía del cuarto que utilizaba para escribir sus poesías.

Pensaba yo que si estaba cerca de ella crecería mi inspiración y empezaría a dar los primeros pasos de poeta. Ansiaba tener más años para que no hubiera pretextos para estar con ella, sobre todo de parte de mi querido progenitor. Éste siempre compartió con nosotros, sus hijos, tanto los anhelos que palpitaban en su ser, como el producto de sus esfuerzos. Ésta no iba a ser la excepción.

Recuerdo bien la imagen que después me acompañaría en mis noches de soledad. Me parecía que tenía un color oscuro, como si fuera negra, y que pesaba un poco más de lo que podía yo cargar a esa tierna edad, aunque para mi padre ese “pequeño defecto” no

representaba ningún problema, pues tenía otras cualidades, como el de ser muy fuerte, además de que le ayudaba a inspirarse.

Por eso no me importaba el físico de “la negra”, apodo que le endilgó mi madre, como dije antes.

Deseaba, pues, estar con ella y empezar a hacer realidad mis sueños que crecieron desde que llegó a casa.

Su frente revelaba el origen extranjero que traía; pensaba que sería algo fría si la tocaba, aunque oía que era muy ruidosa. A mí esto último no me molestaba, pero creo que mi madre no estaba muy contenta con la “intrusa” por el ruido que hacía cuando la tocaba mi padre. Yo, en cambio, anhelaba escucharlo, y ver la satisfacción plena de él al dejar correr su musa. Era, quizá, un niño precoz. ¡No lo sé!

\* \* \*

Por fin, cierto día se hizo realidad mi sueño pues mi padre me permitió acercarme a ella mientras él atendía el negocio. Me hizo muchas recomendaciones para estar con “La negrita”, como yo le decía de cariño. Su *rostro y apellido* lo pueden mirar en la portada de este libro.

\* \* \*

No, estimados lectores, no es la cara de *María*, protagonista de la novela de Jorge Isaacs, que tu curiosidad te llevó a ver. No es ella la elegida de mi padre, sino que es la máquina de escribir a la que me refiero, en cuya *frente* estaba el *apellido* extranjero, es decir, su marca: *Underwood*.

Él la había comprado en los años cincuenta del siglo pasado y pesaba, de verdad, muchos kilos. Además, sus teclas de metal hacían mucho ruido, sobre todo cuando mi progenitor escribía de prisa aquellas ideas que fluían perennemente en su mente como un río caudaloso. Yo no lo percibía como un ruido molesto; por lo contrario, significaba para mí un fondo musical que me llevaba a soñar con nuevos horizontes.

Tenerla en casa representaba realmente un lujo en ese tiempo. Ver desde niño a mi *apá* escribir en la máquina fue una inspiración, y antes de los diez años ya me entretenía con ella para superar mis momentos de tristeza, pensando en alcanzar mi sueño, el de convertirme algún día en escritor.

Su compañía me brindó muchos momentos de satisfacción. La convertí en mi *amiga*. Por eso le dedico el siguiente capítulo, pues se lo merece, ¿no lo creen ustedes, estimados lectores?